



LA MAYORÍA DE LA IRRESPONSABILIDAD

¡OJO CON LA PROVIDENCIA!

«La Epoca»—hay que acudir de continuo a esta vieja cotorróna y socarróna—dice no creer que la mayoría ministerial alcance grandes proporciones, que en cuanto se ha entrado en el período electoral se han clareado los distritos; teme que el Gobierno no llegue a tener mayoría estable, y lo advierte toda compungida, la muy ladina, ya que está enamorada de la estabilidad de los Gobiernos y de la vida larga de los Parlamentos. ¡Enamorada «La Epoca»? ¡Uf! Los amores seniles son desastrosos. Desastrosos para el amante y para el amado.

Mayoría... mayoría... La concentración democrático-liberal no tendrá mayoría ni en cuanto liberal, ni mucho menos en cuanto democrática. Es otra mayoría la que aquí se busca; una mayoría infiltrada entre todos los partidos y repartida por ellos: la mayoría de la Irresponsabilidad. O de la Fatalidad, si se quiere. Pues la Fatalidad, como su ojo no ve, como el de la Providencia, sino que mancha, la Fatalidad es ciega. Y ciega la hueste que le sirve.

Hace poco leímos que el Tribunal Supremo paisano, que tan malparado quedó la última vez con sus informes de aetas, se propone recobrar su perdido prestigio, mostrándose inexorable con los compradores del sufragio y otros falseadores de él, y sin hacer caso a influencias y recomendaciones del Gobierno. ¡Del Gobierno sólo! Porque en alguno de aquellos informes que tanto le desacreditó no creemos que la influencia perturbadora, corruptora, hubiese venido del Gobierno precisamente. No creemos que fué el Gobierno del Sr. Dato el que pesó para que se le arrebatara la representación del distrito de Tortosa a nuestro amigo Marcelino Domingo, mediante un informe escandalosísimo, que con el más cínico descoco votó, contra su conciencia, la incalificable mayoría de la Irresponsabilidad. ¡Y qué cosas le oímos a uno de los que votaron aquello, a sabiendas de que era un atropello! No; la influencia que pesó para tal torpeza—que lo fué—hija de la ceguera, de la cobardía—siempre el cobarde es ciego—no fué influencia ministerial o de Gobierno. O si un ministro actuó, fué como ministril, como siervo.

A menos de ser un zofe, se comprende todo lo que rebulle por debajo de estas tristes elecciones de los demócratas de real orden, de los demócratas antipopulares, de los celestinos de la Irresponsabilidad. Nos han contado lo que uno de estos pobres diablos refunfuñaba, todo enfurruñado por el papel que se le quie-

re hacer jugar. Porque no es sino papel y juego. El pobre hombre—aún es hombre, pues le queda un rinconcito de vergüenza—se siente ahogar en el vaho de la bosta—de la bosta del «Rubán» y consortes—, mientras ve sobre sí al ojo vidente y abierto de la Providencia, que desde dentro del simbólico triángulo nos mira. Y cree, en su aflicción, que el ojo de la Providencia llora.

¡Ma, pues, adelante! Es igual. Ya no cabe arredro, o la nación ha perecido ahogada bajo el estercolero. Y al vertedero han de ir las aguas en que hoy se abrevan los aprovechados.

¡Sí; ya sabemos que el fiemo y la bosta sirven para abonar los campos, para la tierra. Pero también abonan la tierra los cadáveres. Y hasta la sangre dicen que es buen abono. Pero lo que abona la tierra—la de los negocios—amala los espíritus, haciéndolos tierra, terrestres, terrenos y aun territoriales.

La más grave enfermedad de las muchas de que adolece hoy España es esa concepción y ese sentimiento terrenales—y territoriales—que nos viene de lo más alto de la autoridad; es el materialismo que no siente la justicia. Y es este fatídico materialismo el que ha engendrado esa doctrina de la fatalidad de que se ha hecho vocero el señor vizconde de Eza.

¡Tierra! ¡Tierra! Ganar tierra perdiendo hombres; sin duda para enterrarlos en ella. ¡Ganar desierto! ¡Ensanchar el desierto nacional! Hay quien dice que no cree en más conquistas que las de sangre. ¡Sí; abonar el desierto con sangre y amalar los corazones con la injusticia contra que clama esa sangre.

Hay quien recita satisfecho lo de
«No hay un pedazo de tierra
sin una tumba española!»

Lo que habría que poder decir es que no hay un pedazo de cielo sin una idea española, pues no es gloria hacer del mundo un cementerio.

Las torpezas se enmarañan y ensartan unas con otras; las torpezas se encadenan entre sí. Aquel triste Parlamento que nació del contubernio de Llodio y el tristísimo Gobierno que lo fraguó, nos llevaron al descabro central de la santiaguada, nudo de todos los demás descabros, cogollo del desastre histórico del reino, y hoy se va a querer remediar—acaso más bien remachar—la torpeza de aquel Parlamento con la de éste.

Pero lo otro, lo que conspira contra el Parlamento, lo que trata de meterlo dentro su propia ruina, es peor que el Parlamento mismo. No; el Parlamento no será lo peor. Lo que trata de invalidarlo, de embotarlo, es cien veces peor que él. El cáncer mayor no está en el Parlamento.

Ya sólo podemos confiarnos a la Providencia, cuyo ojo es limpio, porque ve. Pero, ¡ojo con la Providencia! La Providencia suele vengarse de la Fatalidad.

MIGUEL DE UNAMUNO

